

Estado líquido

Antonio Rodríguez Jiménez

Sevilla: La Isla de Siltolá, 2017. 61 págs.

Rafael PONTES VELASCO

Joint Forces Military University (Icheon, Corea del Sur)

rpontesvelasco@gmail.com

Antonio Rodríguez Jiménez (Albacete, 1978) publicó su primer libro de poesía a los treinta y tres años. Con anterioridad se había formado en el silencio, en una exquisita variedad de lecturas que lo condujeron a concebir las artes con pasión y modestia. Tuve la suerte de compartir con él un período clave para nuestro aprendizaje vital y académico en la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca. Cuando el ambiente universitario de la ciudad propiciaba la exposición pública de los primeros poemas, Rodríguez Jiménez optó por esperar. Recuerdo que no solía participar en los frecuentes recitales poéticos de entonces. Aunque necesitaba expresar sus ideas tanto como nosotros, sus jóvenes y coetáneos compañeros, se cuidó de la ostentación –comprensible en esas edades– por medio de una prudencia que le honra. Posiblemente no se consideraba preparado para pisar un terreno que veneraba y que exigía lo mejor de sí mismo. Qué lección nos estaba dando con esta reserva sensata, ya que sus enseñanzas nos llegaron más de una década después de terminar la carrera.

Cuando se decidió a publicar su primera obra, ya estaba en el camino de vuelta. Ciertamente que había fundado la revista literaria *Isla desnuda* junto a Pedro J. Gascón, Miguel Úbeda y Alejandro Bleda para dar voz y espacio a poetas y artistas de diversas partes del mundo. Verdad que había publicado poemas excelentes en varias revistas. Obvia era su dedicación a las letras. Pero *El camino de vuelta* (Premio Arcipreste de Hita, Pre-Textos, 2012) supuso, incluso entre sus allegados, un impacto. Nos sorprendió un debut de tanta madurez.

En clase, donde disfrutamos de charlas entrañables, con mi torpeza habitual no sospeché que me sentaba al lado de un poeta. Hasta ese punto llegaban su discreción y la sutileza con la que se ocultan las señales de la evidencia, como mostró Edgar Allan Poe en su relato «La

carta robada». Rodríguez Jiménez había guardado el secreto de su talento. El fruto de la espera cristaliza en su primer libro, en el que comienza su andadura literaria volviendo, no yendo como hacemos la mayoría. La ida, difícil sendero formativo, la había completado a la perfección. Había escuchado antes de hablar.

A continuación, asistimos a un estado de gracia maravilloso, donde se recompensa su labor constante con la concesión de cuatro premios importantes en muy poco tiempo. Su doble compromiso con la realidad y la poesía se trasluce en *Insomnio* (Premio Fractal Poesía, Fractal, 2013), que da paso al viento inesperado de la sabiduría (según una cita de Jorge Riechmann) en *Las hojas imprevistas* (Premio Antonio Gala, Ayto. de Alhaurín, 2014) y a la reflexión social en *Los signos del derrumbe* (Premio Antonio Machado en Baeza, Hiperión, 2014). ¿Dónde había estado durante más de una década para, de pronto, deslumbrarnos en tres años con semejante explosión? Tal vez leyendo, escribiendo con una autoexigencia extrema, entre la conciencia del experto observador y la conciencia del que no ignora la futilidad del lenguaje. Admira este tesón sin fisuras a la hora de aguardar el momento.

Sirva este extenso preámbulo para dar la medida de un autor forjado en la humildad que nace del conocimiento, tanto de su persona y de su poesía como de la escritura misma. Su querencia por la literatura, de amante abnegado, se articula junto a su decepción por la impotencia del ser humano en su intento de construir un mundo habitable. *Estado líquido* se erige en esta dicotomía entre la seducción de la palabra y el desencanto hacia los que la producimos. Antes de adentrarnos en su análisis, consideremos las elogiosas reseñas sobre el libro que, respectivamente, Antonio Aguilar Rodríguez, José Luis Morante y Arturo Tintero proponen en <https://elcoloquiodelosperros.weebly.com/labiblioteca-de-alonso-quijano/estado-liquido>, <https://puentesdepapel56.blogspot.kr/2018/01/antonio-rodriguez-jimenez-estado-liquido.html> y <http://articulosdearturotintero.blogspot.kr/2017/12/antonio-rodriguez-jimenez-estado-liquido.html>. Leamos también la completa entrevista que Andrés García Cerdán hace a nuestro poeta en <https://elcoloquiodelosperros.weebly.com/entrevistas/antonio-rodriguez-jimenez>, de donde extraigo este párrafo:

La poesía no aporta respuestas, ya que para eso está la filosofía y —en otro orden, que no me interesa— la religión. La poesía no puede ser mero testimonio, pero sí debe dejar constancia del tiempo en el que vive; no puede ser ciencia, pero sí acompañar al conocimiento lanzando o replanteando interrogantes; y tampoco puede ser solo experiencia vital, aunque debe saber hacerse eco de ella para tender a la universalidad.

De todo ello (filosofía, religión en el sentido de entrega a una vocación, testimonio, ciencia y experiencia) se nutre la poesía de ARJ. En *Estado líquido*, como en todos los suyos, destaca la concepción formal impecable, el estilo clásico y sereno, sin estridencias, donde el ritmo de los heptasílabos, endecasílabos y alejandrinos fluye con naturalidad. Empero, lo esencial son los afectos, cuya verdad resulta complicada de ficcionalizar o poetizar sin cometer una traición. Abordar poéticamente a la familia de la que forma parte es quizá el mayor reto de un poeta, dada la dosis de realidad que soporta en su imaginario afectivo y en la cercanía física. La expresión de la ternura hacia la pareja y los hijos, explícita en la dedicatoria (*para Vega, Leonor y Jorge*, cuyos nombres son en sí mismos un poema), supone una declaración de intenciones que prueba que la musa más inspiradora y potente, así como la más difícil de complacer, es el amor.

El libro se divide en tres partes. «Espectadores» presenta un discurso directo, sin máscaras. El pasado aparece visto desde el presente, en una nostalgia sin ingenuidad que se apoya en la visión objetiva que concede el tiempo: ya en el ayer se cocía el germen del fracaso de los ideales. Se nos invita a ser espectadores del pasado y del futuro, reflejado este en el espejo de los niños que crecen con inocencia. En los versos resuenan las palabras que pronuncia Jor-El (interpretado por Marlon Brando), cuando envía a la Tierra al bebé Kal-El en la película *Superman* (1978, año en que nació ARJ): «Seré tu compañero todos los días de tu vida. Harás de mi fuerza la tuya. Verás mi vida a través de tus ojos y yo la tuya a través de los míos. El hijo se convertirá en padre y el padre en hijo».

La simultaneidad de perspectivas poetizadas se sustenta en la pesadumbre, pero también en la esperanza. Los animales frágiles junto a los despiadados son metáforas de la ley natural. Más allá del acontecer del poeta, somos testigos del de sus mayores - sus padres, su abuela -, transmitido en el código genético como una historia vívida. Este caleidoscopio de espacios y tiempos se aleja de la linealidad: la eternidad, sentida fugazmente en el erotismo y en los instantes felices con los seres queridos, convierte la vida en inolvidable o al menos digna de recibir este adjetivo.

«Fábula» es la parte más metapoética del libro y donde se incluye el poema que le da título. Los símbolos cobran mayor relevancia en esta reflexión sobre el lenguaje, en la que cabe la desmitificación del poeta entendido como vate. Incluye una crítica a la vanidad del escritor y a los entresijos del mundillo literario contemporáneo. ARJ, distante de toda farándula, es el más legitimado para realizar este necesario reproche hacia lo que rodea a la labor poética. Pese a la casi esterilidad de la

escritura denunciada por su apreciado Enrique Lihn, sobre todo en comparación con las expectativas puestas en sus promesas, afirma que la poesía «es sólo un juego / el único que es digno de entregarle la vida» (33). Engendra así sin buscar la originalidad, hallando algo más valioso: una voz propia, libre de artificios y basada en la sinceridad (preferible a la honestidad, ya que esta es más pretenciosa y no admite contradicciones). Frente a la abstracción, se decanta por la concreción misteriosa del poema. Frente a lo solemne, elige la medida de una lengua simple y certera. Frente a la conversión de las vanguardias históricas en una moda, apuesta por lo clásico (donde perdura la propia vanguardia).

Ante el estado líquido de lo que no permanece, el libro se cierra con la sección llamada «La tierra firme». Lo sólido se mantiene estable a pesar de los avatares del tiempo. Entramos en la parte más social del libro, donde brilla «Elogio de la envidia» (quizá su mejor poema). Lo persistente no solo alude a los aspectos positivos: el dolor, la culpa, la cobardía, la misma envidia son sentimientos sólidos que atenazan la vida y la enclavan tanto o más que las emociones nobles. En todo caso, en lo permanente residen el amor, la ternura, la gratitud, la poesía, las cosas que merece la pena rescatar y hasta morir por ellas. En definitiva, ARJ cree en «la mera belleza» (58).